

Conocimiento para el desarrollo

Juan Ramón de la Fuente

“Saber es poder”: una frase fundamental de los maestros vasconcelistas sigue siendo por entero vigente para las difíciles circunstancias actuales de México. Ante las numerosas problemáticas que enfrenta nuestra sociedad, la única solución de fondo está en la educación, señaló Juan Ramón de la Fuente al ser investido con el doctorado Honoris Causa por la Universidad de Guadalajara.

La Universidad de Guadalajara es una institución de calidad académica y trascendencia social inobjectables, orgullosamente pública, laica, que ha sabido ser incluyente con los históricamente excluidos porque no ignora ni olvida, y que lo mismo ha albergado bajo su techo el saber propio de la ciencia que la palabra distintiva de las humanidades. Basta examinar su trayectoria para constatar la fraternidad con la que en ella conviven las ciencias, las humanidades y las artes. Es una universidad que ha entendido que difícilmente hay progreso cuando las tareas propias del espíritu se fragmentan pero no se complementan; que no hay progreso sin conocimiento, ni conocimiento sin reflexión.

Hoy en día, cuando en el mundo se reanima el debate sobre el modelo de universidad que los tiempos actuales demandan, resurge también el dilema conceptual de las dos culturas: ciencias y humanidades, pero

ya no como dos grupos polarmente antitéticos (como sostuvo C. P. Snow en su célebre conferencia sobre “Las dos culturas y la revolución científica”, en el *Senate House* de Cambridge en 1959), sino como formas diferentes de aproximarse a la realidad y de generar saberes. Pues ocurre que, avanzando por sus propios caminos, los humanistas han acumulado una riqueza de observaciones que constituyen una visión penetrante de la naturaleza humana y siguen siendo fuente inagotable de sabiduría y de renovadas maneras de entender nuestra historia; en tanto que los científicos, usando sus poderosos métodos, han logrado indagar en las causas de muchos fenómenos naturales que hasta hace poco se creían indescifrables.

Ni sus objetos de estudio disímbolos ni sus métodos diversos son razones para disociarlas y menos en el modelo pedagógico de las instituciones educativas. No



Rectoría y Biblioteca Central, Ciudad Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de México

creo que exista entre ellas un abismo de mutua incompreensión. Pienso que ciencia y humanismo son en realidad complementarios. Por ejemplo, en lo que se refiere al estudio de la vida, los científicos se ocupan sobre todo de las estructuras y los mecanismos que son comunes a todas las formas de vida. Su meta principal es el conocimiento de su sustento biológico, de su origen físico-químico, de su base molecular. A los humanistas, en cambio, les interesa comprender las causas de las acciones humanas, los valores que las rigen, sus fundamentos sociales y culturales, sus aportaciones estéticas, sus diversas formas de expresión. El humanismo permite comprender mejor, en términos de la naturaleza humana, mucho de lo que la ciencia explica.

También pienso que la educación debe ser, sobre todo, un proyecto público, porque hay en ello una ineludible responsabilidad del Estado, que merece ser apoyada por el sector privado y debe ser dinamizada por el sector social. El punto de partida no es otro que la idea de la educación como un proceso integral. Su importancia radica no sólo en la ya tradicional tarea de generar y transmitir conocimientos, que ciertamente no es menor, porque educar es más que eso.

Educar es ante todo formar personalidades en libertad, constituir a los sujetos éticos que habrán de asimilar y cuestionar el cúmulo de conocimientos adquiridos, para que estos tengan pertinencia y sentido. Educar es forjar seres humanos libres, sensibles, autónomos, críticos y creativos, comprometidos con la comunidad a la que pertenecen, aptos para el ejercicio responsable de la democracia y dispuestos a enriquecer la tradición cultural en la que están inmersos.

Habría que agregar que, frente a la incalculable cantidad de información a la que estamos expuestos cada día, hoy se ha vuelto preciso además que la educación ayude a discernir aquello que realmente es relevante y capaz de incidir en nuestro destino. Sin información no hay desarrollo, pero tiene que haber conocimiento para que la información adquiera relevancia, y no hay conocimiento sin educación. Ya desde 1934 nos alertaba el Nobel de Literatura T. S. Eliot: “¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido con la información?”.

Ahora estamos, se dice, en la era del conocimiento. La nuestra debería ser entonces una sociedad del conocimiento, pero no lo es. Si acaso, vivimos en sus suburbios. Porque los conocimientos hoy en día no sólo se generan y se transmiten sino que además se aplican, se patentan, se exportan, se importan y tienen un inestimable valor en el mercado. Ocurre que aproximadamente el 10 por ciento de la población mundial genera y controla el 90 por ciento de todos los conocimientos de los que hoy disponemos y que ya han sido incorporados al aparato productivo. Eso explica por qué es una quinta parte de la población la que controla toda la producción global.

“Saber es poder”, rezaba la conseja popular de los maestros vasconcelistas en el México posrevolucionario, sin imaginar que los centros del poder económico harían de ella una realidad inmovible. Por eso sostengo que el mejor modelo de desarrollo al que podemos aspirar es un modelo que esté sustentado en la educación, en el conocimiento, en la cultura, en la ciencia y en la tecnología.

Cuando me refiero a la educación, hablo no sólo de escuelas, sino de laboratorios, talleres presenciales y virtuales, fábricas modernas y proyectos innovadores; de jóvenes que buscan su vocación y de familias que fincan en ellos su esperanza. Pienso en iniciativas ciudadanas, en capital humano no sólo abundante sino inteligente y sensible; en la protección de las minorías y del medio ambiente, en la atracción de capitales productivos y en empresas socialmente responsables. Estos son sólo algunos de los vínculos que percibo con claridad entre la educación, el conocimiento y el desarrollo.

Flaubert imaginaba una biblioteca fantástica que pudiera abarcar todos los libros escritos, los que se estaban escribiendo y, sobre todo, los que nunca se escribieron pero debieron escribirse. A mí me gusta atisbar la idea de un futuro cercano donde la educación fomente sobre todo la tolerancia, el respeto a disenter, la igualdad de derechos y la redistribución equitativa del ingreso. Pienso en la educación con la convicción de que una sociedad que no transmite conocimientos genera violencia y veo al conocimiento como un mecanismo potente de inclusión social.

Digo educación y pienso en la posibilidad real de eliminar la injusticia, la discriminación y la corrupción, y pienso en la construcción de una sólida cultura de la legalidad que erradique de una buena vez y para siempre a la incultura de la arbitrariedad.

Ahora bien, creo que la educación puede ser también factor de equilibrio entre el Estado, el mercado y la sociedad. En todo caso, la pregunta sería: ¿cómo se combina esta tríada en un Estado democrático? En las

sociedades más desarrolladas pesa más el mercado, mientras que en las menos desarrolladas, el peso favorece al Estado. Ahí radica con frecuencia el punto de tensión. ¿Cuál de los dos predomina? ¿O con qué equilibrio interactúan?

Quienes se aferran al modelo liberal, deben aceptar que este genera desigualdades. Históricamente ese ha sido el gran problema ético del liberalismo. Por otro lado, quienes se aferran al modelo social, deben aceptar que la igualdad restringe libertades. Hay un modelo liberal de “buena fe” que impulsa el desarrollo individual y corporativo, es cierto, pero el problema es que no ha sabido poner límites. Este modelo defiende el mecanismo de la meritocracia, obliga al Estado a replegarse pero deja entonces en libre vía a las fuerzas del mercado que no son particularmente sensibles a las necesidades sociales.

Quienes nos sentimos inclinados por un modelo de tipo social, pensamos que es más justo restringir algunas libertades en aras de la igualdad, siempre y cuando haya mecanismos transparentes y legítimos que lo hagan efectivo.

En medio de las tensiones que inevitablemente se dan entre liberalismo y socialismo, en los polos en los que se mueve la relación entre Estado, mercado y sociedad, me parece que la educación puede ejercer un equilibrio entre dichas fuerzas. Si vemos las políticas de inclusión como políticas de inversión, entenderemos mejor por qué el proceso educativo es tan importante. De ahí que sea inadmisible detener la inversión pública en educación.



Antiguo edificio de la Rectoría de la Universidad de Guadalajara



Campus Central de Ciudad Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de México



Rectoría General, Universidad de Guadalajara

En el México actual, el reto sigue siendo alcanzar una democracia efectiva que propicie un desarrollo con justicia. Porque puede haber desarrollo sin justicia ni democracia, o democracia y desarrollo sin justicia, o justicia sin democracia ni desarrollo. Pero se requieren los tres para que el progreso deje de ser un espejismo y el bienestar se convierta en realidad compartida. Sólo así podrán distribuirse mejor el poder y la riqueza.

El panorama que enfrentamos no es sencillo. Al rezago educativo y la desigualdad que son ya de proporciones alarmantes, ahora se suman la violencia, la inseguridad ciudadana y un creciente desfase entre política y sociedad. La política tradicional se ha alejado de los reclamos sociales y por eso la sociedad civil ha encontrado y forjado otros ámbitos para expresarse y compartir preocupaciones. El gran impacto de las redes sociales en la vida política ha sido ese: abrir espacios al reclamo creciente de una mayor participación directa en asuntos públicos, sin intermediarios. Los partidos políticos se han quedado a la zaga. Muchos ciudadanos no se sienten representados en el Congreso. Ocurre, pues, que sobre todo los jóvenes demandan, con sobrada razón, nuevas formas de participación directa, sin pasar por el embudo de las Cámaras, sin subordinarse a las formas ni a los tiempos de los representantes populares. Así salen a la calle y se reúnen en la plaza pública.

Frente a esta demanda que avanza, y junto a la pregunta de cómo ampliar la participación democrática, surgen otros temas igual de trascendentes: el de la renovación ética de la democracia y el de las instituciones capaces de responder a los nuevos retos. Porque el problema sigue siendo la falta de credibilidad en las personas y la ineficacia de las instituciones para dar respuestas satisfactorias.

¿Cuál sería entonces la nueva institucionalidad que requerimos? A mi entender, los partidos políticos son necesarios para una democracia, pero ya no son suficientes. ¿Acaso serán las redes sociales el quinto poder? No lo sabemos aún. Lo que sí sabemos con certeza es

que en asuntos que conciernen al Estado y a la democracia, el gran impacto de la ciencia y la tecnología ha sido decisivo: ahí está la participación social expresada en tiempo real; la revolución de la información que ha permitido establecer un vínculo estrecho e inmediato entre las redes sociales y los sucesos políticos y económicos.

En este contexto, las universidades adquieren una renovada relevancia social, porque desde ellas se puede analizar, con oportunidad y rigor, el origen y la naturaleza de las preguntas que han surgido a la luz de los nuevos fenómenos que cada día definen con mayor peso el rumbo de nuestras vidas.

La gran contribución política de la universidad pública a nuestro país ha sido la construcción de un Estado democrático, aún joven e imperfecto, pero ya no autoritario. Son tiempos de búsqueda de otras alternativas, de renovar el diseño de muchas de nuestras instituciones, de dar adecuado cauce a una mayor participación ciudadana. Sólo así podremos contender con ese otro flanco preocupante que hoy nos agobia: la fragilidad de nuestro estado de derecho. No es ningún secreto, las democracias necesitan leyes para que funcionen. Porque en un sistema democrático pueden fallar muchas cosas, pero lo que no puede fallar es la justicia. Imposible guardar silencio ante lo ocurrido en Ayotzinapa, en Tlaxiaco o en Apatzingán. Tiene que haber responsables.

En medio del vórtice de esperanzas y titubeos de nuestro país, en momentos decisivos como los que estamos viviendo, en los que aún las disyuntivas parecen borrosas, acaso hoy más que nunca sea necesario el fortalecimiento de las instituciones dedicadas a la educación, así sea con el fin de mantener viva la utopía educativa que ha hecho posible mucho de lo que más vale en nuestra sociedad y que ha estado presente en los mejores momentos de nuestra historia. **U**

Fragments del discurso pronunciado en el Paraninfo Enrique Díaz de León de la Universidad de Guadalajara el 30 de noviembre de 2015, al recibir el grado de doctor *Honoris Causa*.